

LA GRAN TORMENTA

Por **JOSEFINA MILLARD**
(Adaptado por Maudzne Simpson)

NORBERTO y Ricardo Palmer, juntamente con sus padres, acababan de mudarse a Alaska. Venían del estado de Misisipí al sur de los Estados Unidos.

Lo que más les interesaba a los dos muchachos era explorar la selva que rodeaba su nuevo hogar en Alaska. El papá oyó un día, sin querer, lo que los muchachos conversaban y les dio una advertencia:

-Muchachos, recuerden que Alaska es muy diferente de Misisipí. Yo les aconsejaría que no se alejen mucho de la casa.

-¿Por qué no? -preguntaron ambos.

-Porque -respondió el padre-, fácilmente podrían perderse en la densa selva. Además, la gente de aquí me ha dicho que en esta región repentinamente se desencadenan tormentas, sin que uno se dé cuenta de ello.

Los muchachos se quedaron serios, pero no hicieron ninguna promesa.

Una semana después, una mañana muy linda de sol, Norberto dijo:

-Ricardo, vámonos a la selva. No vamos a alejarnos mucho. Estoy cansado de quedarme siempre por aquí, alrededor de la casa.

Norberto era dos años mayor que Ricardo, de modo que éste generalmente seguía las sugerencias de su hermano. Pero en esa ocasión vaciló.

-Yo no sé, Norberto -dijo-. Tú sabes lo que papá aconsejó.

-Sí... -respondió Norberto contrariado-, pero los padres y las madres siempre se están preocupando por algo. Y yo creo que tú también estás asustado. De todas maneras, no vamos a ir muy lejos.

Y con esa observación Norberto giró sobre sus talones y se echó a andar. Ricardo no quería quedarse atrás, de modo que lo siguió.

-¿Y esas grandes tormentas de que papá nos habló? -preguntó Ricardo bastante indeciso.

-Grandes tormentas -dijo Norberto-. ¿No hemos visto muchas tormentas en Misisipí? ¡Vamos! ... Si es que vienes conmigo... Tengo un dólar en el bolsillo y nos detendremos en el negocio para comprar galletitas. Entonces, si es que viene una gran tormenta, tendremos algo para comer.

Cuando llegaron a la tienda de comestibles, Norberto compró algunas galletitas y cuatro manzanas. El Sr. Carter, que atendía el negocio, miró a los dos muchachos por sobre sus lentes. Luego, aclarándose la garganta, dijo:

-Uds., muchachos, no han vivido aquí mucho tiempo, ¿no es cierto? Espero que no vayan rumbo a la selva. Si uno no sabe cómo cuidarse, puede meterse en dificultades en la selva de Alaska -añadió muy seriamente.



-Contestaré sus dos preguntas -dijo Norberto-. No, no hemos vivido aquí mucho tiempo; y, si, vamos a ir al bosque.

El Sr. Carter se rascó la cabeza, y se acomodó los lentes.

-En esta época del año las tormentas vienen sin previo aviso. Por su puesto, hay personas que no atienden los consejos que se les dan.

-Ese soy yo -dijo sonriendo Norberto-. Yo no pedí consejo. Adiós, Sr. Carter. Lo veremos cuando venga la gran tormenta.

A Ricardo no le gustó la "viveza" de Norberto al responderle al Sr. Carter, pero siendo que su hermano era mayor que él, no dijo una sola palabra. Naturalmente, Ricardo no quería que Norberto pensara que él tenía miedo, de modo que lo siguió en silencio mientras se dirigían al bosque.

Cuando entraron en el bosque era de mañana temprano, no obstante a medida que se internaban les resultaba muy difícil ver los rayos del sol a través de los árboles. Finalmente no podían ver ni un solo rayo de sol. A Ricardo le parecía que habían caminado horas. Todo estaba oscuro y lóbrego, y en ninguna manera era placentero como él se lo había imaginado.

-Norberto -dijo tímidamente Ricardo-, estoy cansado. Descansemos un poco.

-Claro -le respondió Norberto-. Me olvidaba de que no eres tan fuerte como yo.

Se apoyaron entonces contra un árbol, y Ricardo abrió la bolsita de galletitas que llevaba. Norberto abrió la otra bolsa y sacó dos manzanas. Justamente cuando Ricardo metía la mano en la bolsa para sacar una galletita, Norberto le dijo:

-No te muevas. Quédate callado. Lo dijo en voz baja y aparentemente muy asustado. Los muchachos se quedaron inmóviles. Por unos instantes Ricardo no pudo ver nada, pero luego vio una gran osa negra con dos oseznos. Los oseznos estaban jugando y revolcándose en el suelo. Finalmente la madre los golpeó con su zarpa para que se quedaran quietos. Luego se paró contra un árbol y se rascó la espalda contra el tronco.

Eso fue demasiado para Norberto.

-Deja las galletitas en el suelo -le susurró a su hermano- y salgamos de aquí.

-Bueno -murmuró a su vez Ricardo-. Quizás se coma las galletitas y no nos moleste a nosotros.

Norberto salió corriendo. Ricardo tiró las galletitas y lo siguió. De repente Norberto se detuvo y se quedó inmóvil. Tenía la cara blanca como papel, y Ricardo se dio cuenta de que estaba muy asustado.

-No te asustes. Yo no creo que la osa nos está siguiendo -le dijo Ricardo- y se dio vuelta, pero no pudo ver ni a la osa ni a los oseznos.

-Yo no tengo miedo de la osa -respondió Norberto-. Es que no recuerdo por dónde tenemos que volver.

-Si estamos perdidos -sugirió Ricardo-, lo mejor es que no sigamos andando. Deberíamos quedarnos aquí mismo con la esperanza de que alguien nos encuentre.

-¿Cómo puede encontrarnos alguien en este bosque tan espeso? -preguntó Norberto preocupado-. Además, está tan oscuro que temo que se esté acercando una tormenta.

Los árboles se doblaban y se movían y los muchachos sintieron en el rostro los copos de nieve que habían comenzado a caer. Los dos muchachos se acurrucaron al abrigo de un árbol derribado, temblando de temor y frío.

Norberto se las había arreglado para no perder las cuatro manzanas, de manera que los muchachos las comieron y desearon tener más alimento. Algo caliente y bueno.

-Norberto -le rogó Ricardo-, ayúdame a orar. Es lo único que puede salvarnos.

-Tienes razón -concordó Norberto-. Ahora es lo único que puede salvarnos.

Norberto usaba ahora un tonó diferente, parecido al que solía usar antes de que se le ocurriera que sabía más que los adultos. Habían desaparecido todas sus vivezas

La nieve iba aumentando y el viento silbaba entre los árboles. Durante un largo tiempo los muchachos permanecieron acurrucados tan cerca del árbol como les fue posible, y la nieve seguía cayendo cada vez con más intensidad.

-Ojalá tuviera aquellas galletitas -se lamentó Ricardo. Tengo hambre, frío y miedo.

Norberto trató de consolar a Ricardo, consciente de que él tenía toda la culpa de que se encontraran en esa situación. Los muchachos se preguntaban si los padres los llegarían a encontrar alguna vez.

-Escucha, oigo ladrar un perro -gritó Norberto de repente. Los dos muchachos se pusieron de pie de un salto.

-Yo también -dijo Ricardo-. Me parece que alguien grita. Mejor que nosotros gritemos también con todas nuestras fuerzas para pedir ayuda.

La ayuda no tardó en llegar. Era el Sr. Carter con su gran perro peludo. El perro por poco lo arrastraba al pobre Sr. Carter. Allí estaban los dos muchachos desamparados, gritando y pidiendo ayuda con todas sus fuerzas, mientras la nieve caía a su alrededor.

En el camino de regreso Norberto le tironeó varias veces del saco al Sr. Carter . Finalmente consiguió llamar su atención:

-Quiero pedirle disculpas, Sr. Carter. Siento haberme hecho el "vivo". Me alegro de que vino a buscarnos y nos salvó la vida.

El Sr. Carter se detuvo por un instante y puso sus brazos alrededor de los dos muchachos.

-No me den el crédito a mí. Gracias a Dios que los encontramos. Por suerte Uds. me dijeron que iban al bosque. Yo le avisé a sus padres, y ellos saben que yo estoy aquí, buscándolos.

-Si -dijo humildemente Norberto-, debiéramos agradecer a Dios porque mandó a alguien que nos buscara. Nosotros oramos para que así ocurriera, y nuestras oraciones fueron contestadas antes de lo que esperábamos.

-Bueno, vamos -dijo el Sr. Carter-. Todavía nos falta un buen trecho, y Uds. están bastante afligidos.